



Exceptuando la Nueva Unidad Entre las Naciones del Tercer Mundo, No Hubieron Sorpresas: La Quinta Conferencia Ministerial de la OMC se Derrumbó por el Proteccionismo Agrícola del Norte

Álvaro de Regil Castilla*

La Quinta Conferencia Ministerial de la Organización Mundial de Comercio en Cancún, México se derrumbó cuando las naciones ricas intentaron imponer su agenda al buscar negociar los “temas de Singapur” antes de negociar los largamente disputados subsidios agrícolas y otras barreras proteccionistas agrícolas que ellas mantienen. Se suponía que la cumbre de la OMC debería de ser fiel al espíritu de la Ronda de Comercio de Doha, la cual fue etiquetada como la “Ronda de Comercio” al establecer la Agenda de Desarrollo de Doha (ADD), la cual a su vez se suponía que sería concretada a finales de 2004 durante la próxima reunión ministerial posiblemente en Hong Kong. Así que Doha –a diferencia de la Ronda de Uruguay donde el Sur aceptó importantes concesiones, abriendo sus mercados a bienes manufactureros y aceptando todo un juego de reglas de propiedad intelectual– es supuestamente la ronda del Sur. De esta forma, el enfoque principal de la ADD es lograr un acuerdo para eliminar, dentro de un plazo razonable, todos los subsidios y barreras agrícolas que los países ricos han utilizado para bloquear e inhabilitar al sector agrícola del Sur, un elemento vital para el desarrollo de muchas naciones del Tercer Mundo.

La cumbre se derrumbó cuando la UE, EEUU y Japón intentaron imponer una agenda enfocada a nuevas reglas de inversión. Estas reglas fueron esbozadas durante una reunión en Singapur en 1996 y son de especial interés para los países desarrollados. Contienen cuatro temas: inversión extranjera, políticas de competencia, compras gubernamentales y facilitación de comercio. Estos temas incluyen algunos de los mismos temas contenidos en el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) derrotado hace algunos años, al grado que algunas personas lo han etiquetado como “el niño del AMI”. El derrumbe vino cuando los países africanos salieron de la reunión rehusándose a discutir estos temas antes de que el proteccionismo agrícola del Norte pudiese ser discutido y se lograra suficiente avance como para garantizar el formal lanzamiento de la nueva Ronda de Comercio de Doha.

En un entorno denominado de libre mercado, el rechazo del Norte a liberalizar su sector agrícola, desde el inicio de la era de posguerra, ha sido la mayor espina para la construcción de un sistema de comercio en condiciones equitativas. En la actualidad, el Norte gasta anualmente más de \$300 millardos de dólares en subsidios a sus granjeros para protegerlos de las exportaciones agrícolas del Sur y en muchos casos destruir el modus vivendi de millones de agricultores en el Sur, quienes no pueden competir ni en sus propios mercados domésticos con las exportaciones de los granjeros del Norte y las mega-corporaciones agroindustriales como Cargill. Estados Unidos tiene un presupuesto agrícola anual de \$150 millardos para proteger a este sector, lo que es mucho más que el INB de muchas naciones pobres. La UE provee, entre otras cosas, \$2 dólares al día para cada una de sus vacas, lo que es el doble del monto que tienen 1.2 millardos de personas (la quinta parte más pobre de la población mundial) para sobrevivir cada día. Japón tiene tarifas de importación hasta de 1000%, como en el caso del arroz. Y, sin embargo, el Norte continuó con sus viejas maneras abusivas.

Muchos de los delegados del Sur se quejaron de que el Norte hacia mano de los mismos viejos trucos de retrasar la discusión de la agricultura mientras presionaban para discutir los temas que les eran de sumo interés. India, Sudáfrica, Malasia y muchas otras estaban especialmente molestas por la posición de la

Unión Europea de condicionar las “concesiones” agrícolas a cambio de retirar sus oposición al lanzamiento de las pláticas sobre inversiones. En efecto, el Sur se quejó de que los asuntos que el Sur quería incorporar a la agenda de la reunión estaban siendo metódicamente ignorados. Un borrador de acuerdo fue preparado, pero el Sur lo rechazó porque consideró que abiertamente beneficiaba a la agenda del Norte mientras fallaba en resolver la cuestión de los subsidios agrícolas y en fijar plazos para los compromisos ya acordados en la ADD. Hubo un intento de lograr un compromiso eliminando dos de los temas de Singapur, pero mientras el sur insistía en eliminar todos estos temas, Japón y Corea del Sur insistieron en mantenerlos. En consecuencia, si es que había algún interés sincero en el Norte de respaldar el verdadero desarrollo del Sur y un sistema comercial sustentable, el hecho es que su intransigencia polarizó las negociaciones de comercio como nunca antes, desde la creación del llamado sistema de comercio a finales de la década de 1940.

De esta forma, la Quinta Ministerial se derrumbó y pone la viabilidad de la Ronda de Doha y de la OMC misma en duda. La UE cínicamente acusó a la OMC de ser una institución ingobernable cuando Pascal Lamy, el Comisionado Comercial de la UE, repitió su acusación de que opera de forma medieval. En cuanto a EEUU, ya ha anunciado que intenta ir adelante con acuerdos bilaterales y regionales de apertura de fronteras, por fuera de la OMC, para crear una coalición de países que sean un respaldo entusiasta para la agenda comercial de EEUU, al tiempo que algunos de los miembros de su congreso, como el senador Grassley de Iowa, quieren castigar a los países que se rehusen a apoyar la agenda comercial estadounidense. Por ello, a pesar de alguna retórica, como el llamado a una negociación “toma y daca” de Peter Allgeir de EEUU, el hecho es que el Norte mantiene la misma actitud de “yo gano-tu pierdes” que históricamente lo ha caracterizado. La reunión fracasó, sin lugar a duda, porque el mundo desarrollado mostró, sin sorprender a nadie, una ausencia absoluta de voluntad política para crear un sistema de comercio verdaderamente libre y sustentable.

Efectivamente,, el único evento relativamente sorpresivo fue la nueva unidad del Sur. Un grupo nuevo de 23 naciones, que incluye a China, India, Brasil y México y representa al 56% de la población mundial, formó un bloque que fue capaz de resistir la presión del Norte. Por lo que, cuando las naciones africanas, las primeras en salirse de la reunión, anunciaron que se iban frustradas de la cumbre, las 23 naciones las respaldaron y se les unieron. Alrededor de 90 de las llamadas naciones en “desarrollo” respaldaron el fin de la Conferencia debido a la extrema polarización de puntos de vista.

Muchas ONGs que fueron al evento se regocijaron por el fracaso de la Conferencia. Otras sintieron que todos perdimos. El hecho es que gran parte de la sociedad civil global respalda el desarrollo del libre comercio. Sin embargo, nosotros imaginamos al comercio como un elemento clave para el desarrollo sustentable y no como el privilegio de viejos y nuevo imperios. Esto significa que el comercio tiene que ser un catalizador para integrar a grandes sectores de las economías domésticas a los beneficios del comercio mediante el acceso a los mercados y la integración de contenido local a través de las cadenas de producción domésticas. Nada que ver con el comercio en base a las corporaciones globales –como en el comercio intra-empresas– con ínfimo contenido local, utilizando mano de obra barata en las factorías de las zonas francas del Sur. Esto significa especialmente que el Norte ya no puede insistir en aplicar barreras a las exportaciones agrícolas del Sur y en distorsionar los mercados de materias primas globales y locales con subsidios, colapsando los precios al grado de que la vasta mayoría de los agricultores del Sur pierden su modus vivendi y ven empeorar las ya de por sí empobrecidas vidas de sus familias. Por ello, el comercio tiene que ser equitativo y practicado bajo las mismas reglas; tiene que ser permanentemente acorde con la capacidad de los países pobres de competir bajo condiciones equitativas y con los beneficios acumulándose tanto para los pobres y las empresas domésticas como para las multinacionales. En las sociedades democráticas, el comercio tiene que ser un vehículo para el desarrollo equitativo y no un medio para que los oligopolios incrementen el valor de sus accionistas.

A pesar de todo, el Norte insistió en intimidar al Sur para aceptar sus reglas y practicar un capitalismo darwinista extremo. En el pasado estuvieron las colonias de las viejas monarquías de Europa, después estuvieron las relaciones centro-periferia donde las oligarquías del Sur se asociaron con el Norte para

explotar recursos y personas. Ahora, el Norte practica una corporocracia global, la globalización del libertinaje de las corporaciones globales y los inversionistas institucionales y la exclusión del resto incluyendo a enormes segmentos de su propia población. Su pretensión es imponer libertad absoluta para el movimiento de capital, libertad de acceso a los consumidores, libertad de imponer derechos intelectuales a cosas que siempre han sido del dominio público –como los derechos intelectuales sobre la medicina tradicional y las plantas medicinales. El Norte también exige la libertad de demandar a los gobiernos en todos sus niveles por osar proteger el ambiente o los consumidores o por intentar ejercer su derecho soberano de procurar el bienestar de todos los rangos de la sociedad, como en la real democracia. Por ello, demanda libertad para que las corporaciones exploten la mano de obra a voluntad y la usen como mercancía desechable, y libertad para fijar sus propias reglas de responsabilidad social corporativa. En suma, el Norte, con la cooperación de sus socios en el Sur, pretende deshacerse de la poca democracia que existe e imponer una corporocracia de arriba hacia abajo, Norte y Sur, para beneficio de los pocos a costa de los muchos.

Desde el lanzamiento del TLCAN, tras bambalinas, el infortunio del mexicano promedio y la miseria de una quinta parte de la población de México, la cual depende de la producción agrícola, son un caso emblemático de gobiernos del Norte y del Sur trabajando en sociedad para avanzar las demandas de las corporaciones. Sucede que el TLCAN contiene muchos de los elementos rechazados en Cancún por muchos gobiernos del Sur. Esto es porque el fallido AMI usó al TLCAN de modelo para su delimitamiento y los “temas de Singapur” son un derivado del AMI. No obstante, a pesar del fracaso del TLCAN para mejorar el bienestar de la mayoría de los mexicanos, la conducta de los tres últimos gobiernos mexicanos consistentemente ha sido proteger los intereses corporativos e ignorar las demandas de muchos de sus sectores sociales. En el pasado reciente, el actual gobierno intentó ser el paladín del Área de Libre Comercio de las Américas frente al resto de Iberoamérica para que se abraza el nuevo acuerdo que lo lanzaría como una verdadera continuación del TLCAN. Su conducta es un caso muy ilustrativo de la globalización corporocrática de arriba hacia abajo que los gobiernos del Norte están dispuestos a imponer con la cooperación de las elites del Sur. En efecto, la patética negativa del actual gobierno a usar algunas de las pocas salvaguardas del TLCAN – como en el caso de la fructosa como sustituto del azúcar para la industria refresquera– y su insistencia en privatizar el sector energético, revela sus verdaderos colores, los cuales rayan en la cobardía y la traición.

De esta forma, es definitivamente mejor no tener nuevos acuerdos comerciales que tener un acuerdo tipo “ganamos todo – pierden todo”. Es también esperanzador ver la aparente nueva unidad de las mayores naciones llamadas en “desarrollo” del grupo de los 23 –incluyendo a México– y de muchas otras naciones del Tercer Mundo, pero su compromiso y resistencia están por verse. Esto será definitivamente un factor clave en las futuras batallas comerciales que vendrán, ya que el Norte con seguridad usará su fuerza en un intento de imponer su voluntad. No obstante, el factor más crítico en esta lucha es la presión que una sociedad civil global unida, Norte y Sur, será capaz de aplicar sobre cada gobierno para forzarlos a todos a alcanzar un trato equitativo. Este trato tiene que establecer un sistema de comercio que genere verdadero desarrollo sustentable y reduzca la avasalladora pobreza de millardos de gentes en el mundo. Solo los pueblos, organizados como sociedad civil, pueden tener el poder para obligar a los gobiernos a comportarse democráticamente y a trabajar par procurar el bien común de todos los rangos de la sociedad. Los llamados gobiernos democráticos del siglo XXI, sin lugar a duda, no trabajan para el bien público porque la cosa pública ha sido privatizada y la discuten en privado con los centros de poder económico. Esto es, porque el proceso político ha sido corrompido con enormes cantidades de dinero corporativo que fluyen hacia las campañas políticas de muchos políticos en el poder. Por lo tanto, estamos todavía por ver si después de más de medio siglo de rondas de comercio somos capaces de hacer que nuestros gobiernos trabajen para establecer un sistema de comercio sustentable y que rinda cuentas a la ciudadanía y sólo a la ciudadanía, especialmente a los millardos que ya han sido desposeídos.

* Álvaro de Regil Castilla es Director Ejecutivo de La Alianza Global Jus Semper.